

DELIBERACION Y CONSENSO

Traducción resumida, realizada por Dr. Juan Pablo Beca I., del capítulo "Deliberation and Consensus" de Diego Gracia Guillen, a publicarse en el libro de Ruth Chadwick: The Bioethics Reader, 2010 (en prensa)

Tomar decisiones no es una actividad optativa para el ser humano, más bien se puede decir que necesitamos hacerlo para estar vivos. El ejercicio de la libertad se inicia con la elección entre diferentes posibilidades frente a diferentes situaciones; necesitamos elegir entre ellas y responsabilizarnos por nuestras decisiones. Este es el origen de la vida moral: estamos determinados por naturaleza a optar entre alternativas y a justificar nuestras decisiones ante nosotros mismos, de manera que la conciencia es nuestro primer tribunal y nosotros somos nuestros jueces.

Los actos humanos son necesariamente morales, pueden ser morales o inmorales pero nunca amorales si son actos humanos realizados con suficiente conocimiento y libertad. Esta es la razón por la cual todos hacemos juicios morales juzgando los actos como correctos o incorrectos, buenos o malos, etc. Es esencial saber realizarlos correctamente porque son juicios básicos para asegurar la propia vida, no sólo cultural o espiritualmente sino también biológicamente.

Los juicios morales no son apodícticos

Algunos juicios, como los razonamientos matemáticos, son considerados demostrativos o apodícticos. Cuando demostramos una proposición sabemos que es correcta y cualquier otra respuesta es un error. El teorema de Pitágoras es verdad y permanecerá como tal para siempre, es una verdad por sí mismo. Las matemáticas son importantes en la vida humana pero más aún lo es la gestión de nuestra vida y por eso los juicios morales son más valorados que los matemáticos. Posiblemente por esta razón siempre se ha intentado demostrar de alguna manera los juicios morales, aplicando lógicas apodícticas y pretendiendo que de esta manera se podría probar lo correcto de una propuesta moral. Esta ha sido la aspiración, conciente o inconciente, de la moral filosófica desde la antigüedad hasta fines del siglo 19, con una filosofía esencialmente racionalista

que considera que la razón humana puede resolver todo tipo de problemas con exactitud matemática.

Al razonamiento apodictico se opone el razonamiento "problemático" que no enfrenta los problemas con sólo una solución sino con varias porque las cosas son más complejas que nuestra capacidad para analizarlas o expresarlas. Los juicios empíricos no son completamente adecuados a la realidad, por eso los datos científicos se revisan y las teorías evolucionan. Los juicios morales son empíricos y sus razones no son absolutas ni definitivas. Por ejemplo, casi todos reconocen que hay circunstancias en las cuales puede cambiar la moralidad de matar, mentir o decir la verdad.

La deliberación es el método del razonamiento moral

Aristóteles es el primer autor que caracterizó los juicios morales como problemáticos llamándolos dialécticos por cuanto en ellos hay opiniones y no razones absolutas. En estos casos el diálogo con otros es la mejor manera de mejorar nuestro conocimiento y llegar a decisiones de mayor sabiduría, proceso al cual llamó "deliberación". La finalidad del proceso es tomar decisiones sabias y prudentes, por lo cual Aristóteles denominó *phronesis* o sabiduría práctica a la virtud necesaria para deliberar.

Nuestras decisiones morales no son verdaderas o falsas sino sabias o no sabias, y nuestro deber moral no es impedir errores sino evitar que se tomen decisiones sin sabiduría. La demostración en el procedimiento apodíctico equivale a deliberación en el procedimiento dialógico.

De esta manera la deliberación es el método del razonamiento moral. Sin embargo, siendo tan antigua como la ética misma, la deliberación ha sido olvidada por milenios asumiendo que unos pocos – papas, sacerdotes, filósofos, médicos y moralistas – tenían la capacidad para saber claramente qué es correcto o incorrecto. Entonces las sociedades reconocían a algunas autoridades morales llamados a guiar, asumiendo que los demás tenían que responder mediante la obediencia.

La deliberación es el método del razonamiento moral porque las decisiones morales son concretas, se toman en momentos específicos y bajo ciertas circunstancias particulares. La deliberación es así el arte de incluir estos elementos

contingentes en los juicios morales para decidir con sabiduría. Pero hay más razones para considerar la deliberación como el método del razonamiento moral, y es que junto a considerar circunstancias y consecuencias se incluyen valores que son abstractos y universales, como por ejemplo la justicia o la verdad. Tradicionalmente se asumía que los valores o principios eran absolutos y era posible deducirlos racionalmente, como enseña Kant para quien la deliberación resulta innecesaria.

Si pensamos en valores como justicia, paz o verdad, todas las culturas los consideran como positivos y lo opuesto como negativo. Pero no siempre esto es tan evidente, como ocurre por ejemplo con las creencias religiosas. Todos los que tienen una fe o una posición política piensan que esas posiciones son necesarias para llegar a una sociedad humana ordenada y justa.

La deliberación entonces no sólo es necesaria para considerar circunstancias y contextos que condicionan nuestro razonamiento moral sino porque todos necesitamos de los demás para definir los valores que deben prevalecer en la sociedad. Estos valores no son evidentes por si mismos sino que se podrán universalizar mediante una deliberación colectiva con todos los seres humanos con lo cual los valores pueden adquirir poder normativo. En este nivel la deliberación puede alcanzar consensos para establecer normas. Si ello no es posible, los valores no se pueden generalizar y hay que respetar la diversidad.

Dificultades y ventajas de la deliberación

La deliberación es una destreza intelectual que implica exigirnos a nosotros mismos buenas razones para tomar decisiones. Si la deliberación es colectiva se enfrentan más dificultades porque cada uno debe dar razón de sus valores, los cuales se basan en tradiciones, creencias, experiencias, sentimientos, etc. Los valores no son enteramente racionales pero sí deben ser razonables en el sentido de ser sólidos, equilibrados y prudentes. El problema es que rara vez se analizan críticamente los valores personales, más bien se cree profundamente en ellos considerándolos indiscutibles, con lo cual se llega a posiciones dogmáticas.

Sólo después de reconocer la debilidad de nuestras preferencias por algunos valores se puede realizar una deliberación colectiva razonable. Desde este punto podremos escuchar puntos de vista que pueden ser tan válidos como los propios. Así comienza un proceso deliberativo, en el cual damos razón de nuestros criterios

y los reconocemos como menos convincentes de lo que inicialmente pensábamos. Dicho de otra manera, si asumo que mis argumentos no son absolutos puedo ser receptivo a otros y así avanzar a conclusiones de mayor sabiduría.

La deliberación es un tipo de discusión que se opone a la natural tendencia de ganarle al otro a través de mejores argumentos. Si bien tener los mejores argumentos es algo natural, la deliberación es una actitud moral y una escuela de sabiduría.

Niveles de deliberación

En la deliberación como método de razonamiento moral se distinguen niveles a realizarse idealmente uno tras otro: un nivel de hechos, un nivel de valores y uno de deberes para lograr al final tomar decisiones sabias y prudentes. Estos tres niveles son de particular importancia en los análisis bioéticos de casos clínicos. El análisis de los hechos clínicos incluye conocer bien el diagnóstico con sus grados de certidumbre, el pronóstico y las alternativas de tratamiento. Es la misma lógica del pensamiento clínico que es problemático y no apodíctico, que no busca restablecer siempre la salud del enfermo sino ayudarlo mediante decisiones prudentes y proporcionadas. No se pretende en la deliberación un completo acuerdo entre todos, sino aceptar que hay espacio para diferentes opiniones para que, finalmente, quien debe decidir lo haga con la mayor sabiduría.

De esta manera la práctica de las reuniones clínicas constituye una experiencia de deliberación colectiva sobre hechos médicos. Los comités de ética clínica deberían ser cuerpos deliberativos cuya primera etapa siempre sea clarificar el diagnóstico, el pronóstico y las alternativas terapéuticas posibles en cada caso. Pero en los comités esta etapa debe seguirse de la deliberación sobre los valores y los deberes.

Los hechos son por si mismos objetivos, pero no así los valores cuyo mundo para el positivismo era sólo subjetivo, emocional o irreal. Sin embargo resulta difícil concebir una realidad humana ordenada sin justicia, paz, verdad, felicidad, amor, amistad, etc. que son valiosas por si mismas. De esta manera los valores son más objetivos de lo que muchas veces se piensa. Todo está cargado de valores y uno de los errores fue considerar la ciencia como carente de valores. Pero la

objetividad de los hechos y la de los valores es diferente y no puede ser asumida por todos de igual manera en un proceso deliberativo. Los valores que todos reconocen en una sociedad adquieren carácter público y formas legales mientras que los otros permanecen como valores privados o de algunos grupos.

En la deliberación ético-clínica es necesario reconocer los valores presentes en los hechos clínicos, los que van más allá de la salud y enfermedad. Otros valores involucrados son valores económicos, sociales, religiosos, legales, políticos, etc. De alguna manera puede decirse que después de clarificar la historia clínica necesitamos reconstruir la historia de valores de cada caso.

Los valores son el contenido de nuestros juicios morales, tenemos el deber de promoverlos lo más posible, aunque en la práctica estos valores entran frecuentemente en conflicto, lo cual significa un "problema moral". Los conflictos de valores en los casos clínicos son frecuentes tales como conflictos entre costos económicos y recuperación de la salud, autonomía y no-maleficencia, justicia y autonomía, etc. La deliberación de valores significa reconocer los valores en juego en una situación clínica, los conflictos entre ellos, identificar si son valores públicos o privados, de manera de poder recomendar y promover que se les respete de la mejor manera y con el menor daño posible. La forma de promover estos valores lleva a los deberes y así a la tercera fase de la deliberación.

Deliberar sobre los deberes es establecer el mejor camino posible, más allá de definir conductas que no sean dañinas. Definir el mejor camino es lo que Aristóteles describió como acertar "como arqueros al blanco" para lograr un objetivo. Esto no es sólo metáfora pues en ética siempre se busca el centro, pues la virtud en general está al medio. Frente a un conflicto de valores las respuestas más prudentes no están en los extremos sino en cursos de acción intermedios. Nuestra mentalidad lleva a reducir las alternativas a sólo dos extremos de manera binaria, como computadoras, blancos o negros sin sensibilidad para los matices y con una mentalidad dilemática que es causa de muchos errores morales. Los dilemas son conflictos que sólo pueden tener dos soluciones opuestas que son generalmente artificiales y falsos. Las más de las veces se trata de problemas morales con varias soluciones posibles que nuestra manera de pensar no nos permite reconocer. La deliberación sobre los deberes tiene el fin de identificar todos los cursos de acción posibles y elegir el mejor que es el que más respete los

valores en juego. Los cursos de acción son concretos y relacionados con circunstancias y consecuencias específicas, lo que significa que pueden cambiar de acuerdo a los hechos y a la evolución del caso.

El final de este complejo y difícil proceso es tomar decisiones sabias y prudentes que respondan a la pregunta ética "*qué debo hacer*". El propósito de la deliberación no es llegar a respuestas indiscutibles sino prudentes, las cuales pueden ser diferentes y no necesariamente de consenso porque en una sociedad plural hay diversas ideas de vida buena o de felicidad y todas ellas merecen respeto. El consenso es necesario para establecer normas generales pero no lo es para tomar decisiones en casos particulares con sus circunstancias y consecuencias propias.

Hacia una sociedad deliberante

Una gran tragedia de nuestra sociedad es la falta de deliberación, las personas no están capacitadas para este propósito, capacidad que debería ser un objetivo de todo programa educativo. Una sociedad deliberante es una sociedad verdaderamente humana si aceptamos que la persona humana podría definirse como "*animal que delibera*". La deliberación es la esencia del acto médico y del método de análisis en ética clínica. También es esencial en la vida política y de la llamada democracia deliberativa.

Noviembre 2010